

V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política. Asociación Latinoamericana de Ciencia Política, Buenos Aires, 2010.

## **ALGUNOS ASPECTOS DE LA REORGANIZACIÓN PARTIDARIA DEL PERONISMO DURANTE LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA. EL.**

Luoni Osvaldo Gabriel y Luoni Osvaldo Gabriel.

Cita:

Luoni Osvaldo Gabriel y Luoni Osvaldo Gabriel (2010). *ALGUNOS ASPECTOS DE LA REORGANIZACIÓN PARTIDARIA DEL PERONISMO DURANTE LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA. EL.* V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política. Asociación Latinoamericana de Ciencia Política, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-036/738>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# ALGUNOS ASPECTOS DE LA REORGANIZACIÓN PARTIDARIA DEL PERONISMO DURANTE LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA. EL CASO DEL PERONISMO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES (1983-1989)

Oswaldo Luoni (UBA)

## Introducción

Pese a que el fenómeno peronista es constantemente visitado, el proceso de reorganización partidaria ocurrido entre 1983 y 1989 no ha sido suficientemente estudiado. Los trabajos que si lo hacen, pretenden destacar, desde distintos lugares, las tensiones propias del proceso de institucionalización de la organización partidaria, el cambio en los mecanismos de selección de candidatos para cargos electivos y autoridades partidarias, la pérdida de influencia del sector sindical, la pretensión de articular en el imaginario social una relación positiva entre el peronismo y la democracia, y las condiciones que hicieron posible la supervivencia de esa fuerza política bajo condiciones estructurales adversas, entre otras<sup>1</sup>.

Ninguna de estas incursiones se ha detenido, empero, en el análisis de casos locales; o, si han hecho alguna referencia a una experiencia provincial concreta, ésta ha sido englobada dentro del proceso más general. Así, por ejemplo, la importancia que en el citado trabajo de Altamirano se le otorga a las actividades en torno de la revista Unidos, parecen reducir al peronismo porteño a una suerte de cantera intelectual dedicada a pensar y a poner en palabras los cambios que en esa fuerza nacional se desarrollaban, sin indagar en el grado de gravitación que sus puntos de vista podían tener; ni el peso que podían tener en relación con otros actores partidarios.

Este trabajo se propone indagar en el proceso de reorganización partidaria del justicialismo, durante la transición democrática (1983-1989); tomando como referencia, en función de este objetivo, al peronismo de la ciudad de Buenos Aires, también conocido como

---

<sup>1</sup> Dentro de la bibliografía edita más relevante se destacan, además del trabajo de Altamirano citado ut supra, los siguientes trabajos: Aboy Carlos Gerardo, *Las dos fronteras de la democracia argentina. Las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homo Sapiens, 2001; Altamirano, Carlos, “El peronismo verdadero”, *Punto de vista*, Año XV, 43, 1992; De Ipola Emilio, “La difícil apuesta del peronismo renovador”, en: Nun José, y Portantiero Juan Carlos (comp.), *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987; Levitsky, Steven, *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005; Mustapic, Ana María, “Del partido peronista al partido justicialista”, en Cavarozzi Marcelo y Abal Medina Juan Manuel (comp.), *El asedio a la política: los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Rosario, Homo Sapiens - Konrad Adenauer Stiftung, 2002, pp.137-161.

*Justicialismo Metropolitano*. A lo largo de este trabajo, se mostrará que en el peronismo se registró, durante el período analizado, una mayor inclinación a privilegiar al partido como un espacio necesario de acumulación de poder, en perjuicio de otras instancias -como las organizaciones sindicales- que históricamente habían cumplido esa función; y a ajustar el funcionamiento organizativo a la dinámica que el juego electoral imponía.

Con el fin de fundamentar esta lectura, se buscará identificar los principales debates y orientaciones que atravesaron a esta organización política, el contexto en el que éstos se inscribían y cómo éstos se plasmaron en los escenarios locales. En atención de ello, se relevarán tanto las particularidades institucionales del distrito porteño, como la forma en que éstas operan sobre la acción de los partidos políticos; asimismo, se indagará en los cambios en el proceso de selección de autoridades y candidatos a cargos electivos; y, por último, se establecerá cómo las nuevas formas de hacer política incidieron en los mecanismos de construcción y acumulación de poder.

## **Política y peronismo en la ciudad de Buenos Aires**

En la ciudad de Buenos Aires no se desarrollaba entonces, ni lo había hecho en las décadas anteriores, una actividad política de carácter local. Dado que, como es sabido, la fisonomía de los partidos políticos suele ajustarse en alguna medida a las restricciones institucionales que imperan en el territorio en el que operan, en las siguientes líneas intentaremos averiguar cómo impactaron en la faceta organizativa del peronismo metropolitano las características de la política porteña<sup>2</sup>.

### *Un distrito diferente*

La ciudad de Buenos Aires, capital del estado argentino, contaba a comienzos de la década de 1980 con casi tres millones de habitantes, concentrados en apenas 200 kilómetros cuadrados. Considerando que la población total del país alcanzaba los 27 millones, ésta se erigía como el segundo distrito del país con mayor cantidad de habitantes, luego de la provincia homónima. Adicionalmente, en su territorio residían las autoridades políticas nacionales; y desde éste se coordinaban y dirigían las operaciones de la totalidad de empresas estatales, que para esa época generaban alrededor del 70% del producto bruto interno. Nadie podía discutir, ni en ese momento ni con anterioridad, la hegemonía política, económica, financiera e, incluso, cultural

---

<sup>2</sup> Para redactar este apartado se tomó como referencia a Burdman, Julio, *Los porteños en las urnas*, Buenos Aires, Centro de Estudios para la Nueva Mayoría, 1998 (aspectos políticos y resultados electorales); y Cantón Darío y Jorrot, Jorge Raúl, *Elecciones en la ciudad (1892-2001)*, Tomo II, Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2001.

que Buenos Aires poseía sobre las demás ciudades e, incluso, sobre las restantes provincias del país.

A diferencia del resto de los distritos, los debates, las demandas y las expresiones políticas de los porteños estuvieron casi siempre ajustados a las orientaciones generales que prevalecían en la política nacional; jugando la política local un papel poco relevante. Esta situación podía explicarse, en alguna medida, a la subordinación política de la ciudad a las autoridades nacionales.

Cercenadas en gran medida sus capacidades políticas pudo conservar, sin embargo, el derecho de elegir legisladores nacionales. De un total de 257 diputados nacionales, la históricamente denominada Capital Federal aportaba desde 1973, 25 (entre 1958 y 1966 lo hizo con 35); esto la convertía en el segundo distrito en importancia política luego de la provincia de Buenos Aires, que lo hacía con 70 diputados. Pese a que la gravitación de la población de ambos distritos sobre el total del país fluctuó históricamente alrededor del 45%. , su representación parlamentaria –sin embargo- nunca superó el 35% .

Pese al continuo aumento de la población argentina, la de la ciudad de Buenos Aires tendió a permanecer estable; e, incluso, descendió en términos relativos a favor, principalmente, de su área metropolitana; que depende políticamente de la provincia homónima. La política de integración/ diferenciación entre ambos espacios territoriales (Buenos Aires y su área metropolitana) contribuyó, entre otras cosas, a delinear las preferencias políticas de la población; ya que la fuerte incidencia electoral del peronismo en el área metropolitana tendió, en algunas etapas, a proyectarse sobre la Capital Federal; y en otras, a ser rechazada.

En cuanto a su sistema de partidos, la ciudad de Buenos Aires, en general, se manifestó políticamente a través de partidos de proyección nacional; el radical y el socialista, hasta 1940; y el peronista, desde 1946. Puede asegurarse que hasta 1983 nunca actuó un partido netamente local, y aquellos que tuvieron su origen y su base electoral más densa en este distrito, se pensaron a sí mismos en términos de partidos nacionales.

De acuerdo con parámetros temporales, los diputados nacionales que representaron a la Capital Federal se distribuyeron entre las siguientes fuerzas políticas: entre 1916 y 1928, existió una representación casi pareja entre radicales y socialistas. Desde ese año hasta 1936, la preferencia electoral de los porteños favoreció al socialismo y, en menor medida, al socialismo independiente (cabe aclarar que el radicalismo había sido proscripto, primero por el gobierno militar y luego por el conservador); en el '36 retornaron los radicales y acapararon la casi totalidad de los sufragios porteños durante los diez años siguientes, hasta la emergencia del peronismo. Estos conservaron en forma excluyente hasta 1955 la mayoría de las preferencias electorales, con un pico del 90% en las elecciones legislativas de 1954.

Durante la etapa en la que el peronismo estuvo proscripto, los radicales recuperaron su presencia en el distrito, primero a favor de los frondicistas y luego de los balbinistas. Entre

tanto, en las legislativas de 1965, el neoperonismo obtuvo el 23% de los votos. Finalmente, en las elecciones generales de 1973, el peronismo se alzó con el 52% de los votos y colocó 13 diputados; el radicalismo obtuvo el 28% y participó con 7; mientras que un frente de izquierda hegemonizado por el Partido Comunista, la Alianza Popular Revolucionaria, consiguió el 20% y 5 diputados.

En cuanto a las preferencias electorales de los porteños durante las elecciones presidenciales, cabe destacar (con excepción de las llevadas cabo durante la década de 1930) la equivalencia entre las fórmulas que triunfaron en el distrito y las que finalmente se impusieron en la nación. En las elecciones de marzo de 1973, el justicialismo obtuvo en el distrito el 47.2% de los votos en relación con el 49,5%, cosechado en las nacionales; y en las de setiembre de ese año, el peronismo alcanzó en el distrito el 50,7, cifra que, sin embargo, estuvo bastante lejos del 62% de las nacionales.

En suma, el carácter heterónimo del distrito porteño determinaba en gran medida que la dinámica del peronismo porteño se ajustase a los ritmos y a los cambiantes alineamientos que se producían en la instancia nacional. Ahora bien, ¿qué panorama presentaba el peronismo porteño en los umbrales de la apertura política del período 1982-83?

### *El micromundo peronista*

El Partido Justicialista, en tanto “instrumento en la Capital Federal del Movimiento Nacional Justicialista (y de) acción política de las fuerzas populares que lo integran y que desde 1945, bajo la inspiración del Gral. Juan Domingo Perón, luchan por una patria justa, libre y soberana”, fue reconocido como tal en el marco de la apertura política promovida por el presidente de facto Alejandro Lanusse en 1971<sup>3</sup>.

Concebido como herramienta electoral del peronismo, se presentó como la continuación del viejo Partido Peronista y de las sucesivas expresiones partidarias con las que esta fuerza política intentó sortear la interdicción impuesta a partir de 1955. Con este rótulo, el peronismo triunfó en las dos elecciones presidenciales de 1973. Cuando a mediados de 1975, el Consejo Nacional del Partido dispuso la intervención de los distritos, la conducción del peronismo porteño recayó en un triunvirato compuesto por Torcuato Fino (por la rama política), Jorge Triaca (por la sindical) y Haydee Ferrara de Pardo (por la femenina)<sup>4</sup>.

Con la caída de la dictadura militar, el peronismo porteño no desentonaba con la profunda fragmentación que el resto del justicialismo presentaba. Sólo para dar un ejemplo, en los

---

<sup>3</sup> Poder Judicial de la Nación (en adelante, PJN), Juzgado Nacional en lo Criminal y Correccional Federal Nº 1, Secretaría Electoral – Expediente nº 1436/71 “Partido Justicialista de la Ciudad de Buenos Aires s/ reconocimiento”, Cuerpo 1, fs. 1-13

<sup>4</sup> PJN..., Cuerpo 4, fs. 754-799.

primeros meses posteriores a la apertura política era posible contabilizar 17 agrupaciones reconocidas por las autoridades locales del partido<sup>5</sup>. Muchas de ellas se constituían sobre el espacio de una unidad básica, teniendo por esto una influencia extremadamente limitada. Esta situación, si bien podía constituir un impedimento para lograr ciertas coincidencias básicas en torno a la reorganización del partido, mostraba el carácter extremadamente dinámico que había tomado el proceso de reactivación partidaria. Esto quedaría reflejado en la instrumentación de una amplia campaña de afiliación y en el creciente número de locales partidarios abiertos.

En efecto, para fines de noviembre de 1982, apenas unos meses después del levantamiento de la veda sobre las actividades partidarias, el peronismo porteño había solicitado a la Justicia Electoral un total de 312400 juegos de fichas de afiliación, de las cuales para la fecha de las elecciones internas 119530 habían sido utilizadas y debidamente registradas<sup>6</sup>. Por otra parte, las autoridades partidarias registraban 141 unidades básicas en todo el territorio de la Capital Federal; las cuales, aunque desigualmente distribuidos, marcaban la presencia del Partido en todas las circunscripciones<sup>7</sup>. Para dar una idea del grado de penetración territorial que el peronismo poseía, vale remitirse a un estudio de la época que indicaba que el Partido Justicialista administraba 372 locales partidarios frente a 232 comités radicales. Con excepción de tres circunscripciones de las 27 en que se dividía electoralmente la ciudad (la 6°, 7° y 19°, Boedo, Caballito y Barrio Norte, respectivamente), el peronismo contaba con el mayor número de locales. Sólo en la circunscripción 22° (Villa Lugano), el PJ contaba con 45<sup>8</sup>.

En su acción política concreta, las agrupaciones tendían por lo general a adecuarse al mandato de algunas de las fracciones internas en las que se descomponía a nivel nacional el peronismo. Como era previsible, también aparecieron versiones locales de las agrupaciones más significativas del orden nacional. Por caso, el MUSO tuvo su expresión local en la denominada Agrupación 30 de Marzo; la Comisión de Gestión y Enlace se manifestaba a través del llamado “Consejo de Unidades Básicas”; Convocatoria Peronista, por su parte, se presentó con el rótulo de “Renovación Peronista”. De estas tres agrupaciones, sólo la segunda contaba con un peso territorial significativo, heredado del despliegue organizativo con que contaba Guardia de Hierro en la década anterior. Para el resto sólo valía el conocimiento o la cercanía con tal o cual dirigente (Cafiero y Bittel, en un caso; Grosso, en el otro) o las actividades que sindicatos numéricamente pequeños, como el de los obreros tabacaleros y el de los peones de taxis, realizaban a favor de la 30 M.

---

<sup>5</sup> PJN..., Cuerpo 6, fs. 1135.

<sup>6</sup> PJN..., cuerpo 7, fs. 1200.

<sup>7</sup> PJN..., Cuerpo 6, fs. 1135 a 1214.

<sup>8</sup> Farrés, María Teresa et al, “Elecciones y participación. Análisis de las elecciones del 30 de octubre en la Capital Federal. Sugerencias para la participación política popular”, *Cuadernos de educación política popular*, Buenos Aires, COPEDE, 1984. La distancia entre la cantidad de unidades básicas reconocidas por el partido y las que efectivamente actuaban revelan el carácter informal y transitorio de muchas de ellas.

Dentro de este universo, sólo dos agrupaciones parecían representar casos híbridos. En ambas, la lógica de acción política era netamente local; aunque, en su momento, debieron respaldarse en algún dirigente nacional o entrar en alianzas con otros espacios. En un caso, nos encontramos con el denominado “Bloque Político Sindical” o “Azul y Blanco”, que dentro del partido representaba el ala sindical; éste se había creado a partir del sindicato de trabajadores municipales, que en ese entonces se encontraba en proceso de normalización. Motorizado por Amadeo Genta y Patricio Datarmini, su poderío radicaba en el control que ejercían tanto sobre gran parte de los casi 65000 afiliados como de los espacios burocráticos del municipio. Más allá del manejo de la estructura sindical, desde ésta se subvencionaban a una gran cantidad de unidades básicas, en especial de la zona sur, que eran manejadas por históricos punteros del peronismo. El “Bloque Político Sindical” habría de ser, finalmente, el ariete de las 62 Organizaciones dentro del peronismo porteño<sup>9</sup>.

La otra agrupación que se manejaba con una lógica exclusivamente local pero que, a diferencia de la anterior, privilegiaba el trabajo territorial era el “Frente de Unidad Peronista”. Los orígenes de este espacio se remontan a finales de 1975; constituido a partir de la confluencia de dirigentes de la entonces disuelta Guardia de Hierro (principalmente Marcos Rajer y Eduardo Vaca), con militantes de agrupaciones vinculadas a Montoneros. Durante el gobierno militar, este grupo se instaló y trabajó en un club social y deportivo del barrio de Caballito; quizás, con el objetivo de –prohibidos los partidos políticos– poseer un espacio territorial de referencia y así evitar la consecuente dispersión de militantes<sup>10</sup>.

Una serie de factores comunes, como los generacionales, de experiencia política, de origen social y de ámbito territorial en el que desarrollaban sus actividades, le daban al FUP una característica particular. De este modo, a diferencia del espacio político sindical, más vinculado a la primera generación de militantes peronistas y más asentado en las zonas obreras de la ciudad, el FUP actuaba con la lógica de la organización de cuadros, sus integrantes no superaban en su mayoría los cuarenta años y actuaban en barrios de clase media. El FUP fue, asimismo, una de las primeras agrupaciones del peronismo que, en el inicio de la apertura política, se acercó a Italo Luder. Esta temprana aproximación, cuando la figura de éste aún no concitaba demasiadas adhesiones, le aseguró a la agrupación un espacio importante en el ámbito de decisiones del peronismo porteño.

Un elemento que habría de medir la importancia de cada agrupación en el distrito fue la cantidad de fichas de afiliación que cada una de éstas había logrado recolectar. Este mecanismo era, ciertamente, inédito para la historia de esa fuerza política y marcaría un punto de inflexión en lo que se refiere a sus prácticas políticas y de construcción de poder. De esta suerte, para

---

<sup>9</sup> Entrevista a Enrique Pistolletti, realizada por el autor.

<sup>10</sup> Entrevista a Carlos Montero, realizada por el autor.

marzo de 1983, fecha en la que finalizaba el plazo de reafiliaciones, las agrupaciones del peronismo metropolitano entregaban a la justicia electoral las fichas hasta entonces juntadas, sobresaliendo en cantidad de afiliaciones, las 62 Organizaciones con cerca de 25000 juegos, seguido por el Consejo de Unidades Básicas con alrededor de 19000<sup>11</sup>.

El 30 de octubre de 1983 el peronismo era por primera vez derrotado en una elección general realizada sin proscripciones. En esa fecha concurren a votar 15.244.607 de personas, de las cuales 2.008.679 lo hicieron en la ciudad de Buenos Aires. La fuerza que triunfó, el radicalismo, obtuvo a nivel nacional 7.692.965 votos (51,8 %) frente a 5.962.735 (40,2%) del peronismo. 1.187.410 votantes optaron por otros partidos, mientras que 401.497 lo hizo en blanco<sup>12</sup>.

En la Capital Federal triunfó también el radicalismo con 1.269.352 votos (64,3%) frente a 540.389 (27,4 %) del justicialismo. Tanto en el resto del país como en la ciudad de Buenos Aires los votos sumados de los dos partidos representaron cerca del 92% del total; pero si en el primer caso la distancia entre el partido más votado y el segundo fue de un 29%, en la ciudad de Buenos Aires la distancia entre la UCR y el PJ alcanzó al 135%. Este dato evidenciaba, de por sí, el deficiente desempeño del peronismo porteño en relación con el nacional.

Los votos para diputados por la Capital Federal mostraron, en cambio, una polarización sustancialmente menor. La UCR obtuvo 967.275 y el PJ 460.952. Para el peronismo representaba alrededor de 100.000 votos menos; y significó la entrada de los siete primeros candidatos de lista: Fino, Bárbaro, Minichillo, Santos Casale, Blanco, Unamuno y García. A la UCR, por su parte, le correspondieron 14 diputados, 2 a la Unión del Centro Democrático y 1 al Partido Demócrata Cristiano<sup>13</sup>.

Así las cosas, ¿cómo habría de impactar dentro del peronismo una derrota electoral aparentemente inesperada? Si en algún sector del peronismo habría de tener consecuencias la derrota electoral de octubre, éste fue el sindical. Recordemos que la mayoría de los gremios importantes aún no habían sido, para la fecha del traspaso de mando presidencial, normalizados. De esta suerte, el nuevo gobierno entendió que contaba tanto con la suficiente legitimidad como con la oportunidad precisa para accionar contra el poder sindical; acaso, junto con el militar, el más cuestionado por el radicalismo.

Así fue como en la primera semana de su gobierno, el nuevo presidente envió al Congreso el proyecto de ley denominado de *reordenamiento sindical*. Su aprobación, frustrada por el bloque peronista en la Cámara de Senadores, hubiese representado un golpe certero contra el sindicalismo de esa extracción política. Esta ofensiva, abortada al fin, puso de manifiesto las

---

<sup>11</sup> *Tiempo Argentino*, 16 de marzo de 1983.

<sup>12</sup> *Clarín* y *La Nación*, 31 de octubre y 1º de noviembre de 1983, en base a información provista por el Ministerio del Interior.

<sup>13</sup> Burdman, *Los porteños en las urnas...*

consecuencias que para los sindicalistas se desprendían del juego electoral si éste no se realizaba desde una plataforma segura. Desde ese momento hasta la definitiva regularización de las conducciones sindicales, los dirigentes gremiales se replegaron en sus organizaciones. El espacio que éstos, aunque con algunas idas y vueltas, dejaban vacante en el partido debía producir, necesariamente, un cambio en el esquema de poder de la organización.

### **Los rasgos de una época**

El derrotero del primer gobierno del ciclo democrático tuvo –sin lugar a dudas- una influencia decisiva en el proceso de reorganización del peronismo, ya que –por asimilación o por contraste- proveyó a los sectores así denominados renovadores de una batería argumental con la que librar la batalla programática dentro del partido y modificar las pautas de vinculación entre la organización y el electorado. En alguna medida, el alfonsinismo conservó por un tiempo el monopolio de los recursos simbólicos que le permitieron pautar el “clima de época”. Democracia de partidos, primero; tercer movimiento histórico, luego, en el pico de su esplendor; y cogobierno, cuando el escenario político le comenzó a jugar decididamente en contra.

El peronismo, en la oposición, pareció ir a la zaga del radicalismo en las dos primeras fases. Cuando el partido oficialista insinuó la idea de una democracia de partidos, el peronismo se encontraba sumergido en el caos post electoral; cuando parecía que la tendencia marcaba la construcción de una nueva hegemonía (alrededor de la figura de Alfonsín), el justicialismo rescató la viabilidad de una democracia de partidos.

Más allá de la pugna discursiva entre uno y otro partido, el contexto internacional –variable muchas veces infravalorada- se encargó de reubicarlos ideológicamente. El peronismo, como se sabe, había emergido en el marco del conflicto ideológico entre el capitalismo y el comunismo, posterior al fin de la segunda posguerra mundial. Temeroso de caer preso de esa dicotomía de hierro, el peronismo apeló en aquel entonces a la construcción de una instancia retórica –la tercera posición- que legitimase su falta de una inclinación ideológica a favor de uno u otro bando.

El radicalismo, por su parte, se encontraba ya a esa altura carente de un proyecto político consistente y se ofreció como uno de los canales posibles de sustanciación de la coalición antiperonista. Pero cuarenta años después, Europa occidental volvía a surgir como una instancia de referencia frente al resto del mundo todavía atado a la lógica bipolar. De este modo, sea tanto bajo la fórmula socialdemócrata (que había logrado seducir a alfonsinistas y cafieristas) o la social cristiana (que había hecho otro tanto con Grosso y otros dirigentes peronistas que

habrán de ocupar cargos de relevancia en la década siguiente), la clase política argentina volvía a mirar a Europa<sup>14</sup>. Una región que parecía combinar –a los ojos de los dirigentes argentinos- el socialismo previamente purgado del colectivismo marxista y el liberalismo despegado de elementos individualistas. En fin, Europa parecía mostrar el camino y radicales y peronistas así lo entendían<sup>15</sup>.

Recordemos que para fines de 1985, el primer gobierno del nuevo ciclo democrático se encontraba recogiendo los frutos positivos del programa de estabilización económica que había implementado a mediados de ese año. Además, había enfrentado con éxito el primer turno electoral posterior a las elecciones que lo habían consagrado como gobierno ; y por esos días, también, la justicia civil –luego de un proceso con ciertos sobresaltos- se encontraba a punto de condenar penalmente a los integrantes de las sucesivas juntas militares que habían gobernado durante 1976-1983. Posiblemente estimulado por esa ola ascendente, el mandatario argentino creyó necesario explicitar el contenido y los alcances de la nueva dirección política; curso que, en la práctica, sólo él podía llevar adelante.

Ya, mediante las elecciones de 1983, Alfonsín había logrado –en virtud del extraordinario poder de convocatoria que concitaba su figura y su discurso- arrancar a su partido del casi permanente segundo puesto al que las prácticas electorales lo habían condenado. Conforme con este orden de cosas, el reelaborado proyecto político alfonsinista –al cual, a poco de echar a andar, se le adjudicó el ampuloso nombre de Tercer Movimiento Histórico- se presentaba (y sólo era posible) como una instancia de superación de las identidades políticas pre existentes; que, junto con la tradición de defensa de las libertades públicas que el radicalismo se autoadjudicaba, incluyese aspectos doctrinarios de su entonces histórico oponente político, el peronismo. Empero, la factibilidad de este proyecto descansaba no sólo en la colaboración de su partido (habitualmente refractario a maquinaciones de este tenor) sino de la cooptación de los sectores menos revulsivos que se fueran desgajando del tronco del peronismo. Democracia participativa, ética de la solidaridad y modernización. Mediante estos tres términos el caudillo radical aspiraba, entonces, a sintetizar el contenido de esta apuesta política claramente inédita<sup>16</sup>.

---

<sup>14</sup> Un indicio de esta reorientación pro europea puede advertirse en la así denominada *literatura transitológica*, que instala a un conjunto de países del área mediterránea europea como paradigmas de la transición de regímenes autoritarios a democráticos. Cf., O'Donnell, Guillermo; Schmitter, P. & Whitehead, L. (eds.): *Transitions from Authoritarian Rule: Latin America*. Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1986; y *Transitions from Authoritarian Rule: Tentative Conclusions*. Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1986.

<sup>15</sup> Sin embargo, todavía no existe en la década de 1980 una vinculación orgánica de ambos partidos con organizaciones partidarias transnacionales. La Unión Cívica Radical participaba en ésta década de la Internacional Socialista como observador; mientras que el Partido Justicialista se afiliaría a la Internacional Demócrata Cristiana recién en la década siguiente.

<sup>16</sup> Para examinar los alcances y límites de esta proyecto, cf. Aboy Carles, Gerardo, “Parque Norte o la doble ruptura alfonsinista”; y De Ipola, Emilio, “Veinte años después (Parque Norte: razones del fracaso de un intento inédito de enfrentar la crisis argentina); ambos en Novaro, M. y Palermo, V., *La historia reciente...*

A poco de conocerse los resultados de la elección de renovación parlamentaria del 3 de noviembre de 1985, muchos analistas políticos advertían con sorpresa que el triunfo electoral del radicalismo abarcaba, en esta oportunidad, a un conjunto de provincias consideradas usualmente como periféricas; esto es, distritos en los que el atraso económico coexistía con un alto índice de pobreza y que en términos electorales solían inclinarse por opciones políticas cercanas al peronismo. En concreto, el radicalismo había triunfado en un conjunto de provincias gobernadas por el justicialismo, entre las que se contaban Catamarca, en ese entonces gobernada por el hijo de Vicente Saadi; Chaco, Jujuy, La Pampa, Salta, San Luis, Santa Cruz, Santa Fe, Santiago del Estero y Tucumán.

Un segundo elemento que estos análisis destacaban era el discreto desempeño electoral del justicialismo. En efecto, pese a que éste exhibía un elevado nivel de conflictividad interna y a que se había presentado dividido en algunos distritos importantes (como la provincia de Buenos Aires y la Capital Federal), sólo había retrocedido cuatro puntos en relación con los porcentajes obtenidos en la elección de diputados en las generales disputadas dos años antes. En términos globales, por ejemplo, el partido fundado por Perón no perdía, en contra de lo que sugerían la mayoría de los pronósticos que circulaban en los previos a la contienda, las bancas de diputados que renovaban por la Capital Federal, Córdoba y Santa Fe (distritos centrales en los que se esperaba que arrasase el radicalismo); y en la provincia de Buenos Aires apenas tuvo que resignar una de las bancas que renovaba.

En estas circunstancias, el resultado electoral afectaba sobre todo a la entente de gobernadores justicialistas; quienes, junto con las 62 Organizaciones -capitaneadas entonces por Lorenzo Miguel y Jorge Triaca- y la porción del peronismo bonaerense que respondía a Herminio Iglesias conducían oficialmente el partido. Dentro de ese grupo derrotado cabía mencionar como excepción al gobernador de la provincia de La Rioja, Carlos Menem, quien en contraste con sus pares provinciales había triunfado en su distrito por cerca del 60% de los votos emitidos.

Así, los resultados obtenidos en cada uno de los distritos posicionaban con mayor contundencia a los sectores que se habían enrolado en la disidencia. La boleta presentada por Antonio Cafiero en la provincia de Buenos Aires, por ejemplo, había triplicado en número de votos a la lista oficialista encabezada por Herminio Iglesias. En el mismo sentido, en la Capital Federal, la lista de Grosso logró retener cerca del 25% de los votos emitidos, mientras que la boleta auspiciada por las 62 Organizaciones apenas obtuvo un puñado de miles de votos.

A tono con las expectativas favorables que este sector generaba, los analistas políticos se preguntaban tanto si *“el peronismo renovador aceptará las reglas de juego que seguramente*

*propondrá Alfonsín –todo parece indicar que así ocurrirá-, convirtiéndose en la oposición de su Majestad dentro de un sistema bipartidista que seduce a ambas fuerzas mayoritarias”<sup>17</sup>. Con todo, concluía este análisis, “en la medianoche del domingo 3 –concluía uno de esos análisis- el país político tenía muy en claro la derrota sufrida por el peronismo autoritario... ese es el peronismo que acaba de ser vencido”<sup>18</sup>.*

¿Moría, efectivamente, un peronismo y emergía otro? En los párrafos precedentes hemos indagado en los inicios del proceso que comenzó con el cuestionamiento de la cúpula dirigente del peronismo nacional y que finalizó con su intento de remoción. Se destacó que de los principales reclamos planteados por los grupos disidentes se desprendía una fuerte impugnación de la legitimidad de quienes detentaban los cargos de conducción de esa fuerza política; y que frente a esto, proponían un cambio en la metodología de selección de autoridades como mecanismo que facilitaría una reversión del estado crítico en el que se hallaba esa fuerza política<sup>19</sup>.

Sin embargo, las fronteras entre renovadores y ortodoxos parecían menos tajantes a medida que se avanzaba en análisis menos superficiales. El proyecto modernizador de Carlos Grosso, por ejemplo, podía estar, en términos de la gestión económica, más cerca de los planteos productivistas y eficientistas de los sindicalistas de Gestión y Trabajo, que del discurso antiliberal de los gremialistas de los 25, sus aliados en el peronismo metropolitano<sup>20</sup>. Tengamos presente que para mayo de 1985, cuando se alcanzó el punto más crítico de la disputa entre uno y otro bando y mientras la CGT realizaba el cuarto paro general contra el gobierno radical, Jorge Triaca auspiciaba junto con la odiada Sociedad Rural el Frente Productivo, una confluencia inédita entre los representantes de la burguesía agraria (en ese entonces fuertemente enfrentada con el gobierno radical) y los sectores menos contestatarios del movimiento obrero<sup>21</sup>.

Primero, por la muerte de su fundador y líder; y luego, por la debacle electoral en los comicios de 1983. Con la excusa del desplazamiento de los “mariscales de la derrota” o de la “patota”, calificativos éstos que expresaban aquello que el sector rebelde definía como lo “peor” del peronismo, se reflataron –durante el bienio 1984-1985- discusiones que abarcaron desde

---

<sup>17</sup> *El Periodista de Buenos Aires*, n° 61.

<sup>18</sup> *El Periodista de Buenos Aires*, n° 61.

<sup>19</sup> Un muestrario de las propuestas de los principales referentes de la así llamada renovación, puede verse en Gordillo, Marta y Lavagno, Víctor, *Los Hombres de Perón. El peronismo renovador*, Buenos Aires, Puntosur, 1987.

<sup>20</sup> Para una caracterización de Grosso, muy extendida en esa época, cf. Cordeu, Mercado y Sosa, *Peronismo...*; para un acercamiento al pensamiento económico de este dirigente, cf. Grosso, Carlos, “La modernización. Una perspectiva política”, en *Plural*, n° 4, julio 1986, pp. 48-52

<sup>21</sup> Para profundizar en la experiencia del Frente Productivo (inédita confluencia entre la Sociedad Rural y la CGT), cf. Aruguete, Natalia, “Lucha política y conflicto de clases en la posdictadura. Límites a la constitución de alianzas policlasistas durante la administración Alfonsín”, en Pucciarelli, Alfredo, *Los años de Alfonsín...*

planteos ideológicos a cuestiones programáticas; pero que no fraguaron en un programa o en **una práctica específica**

### **Peronismo porteño: nuevas prácticas políticas y de construcción de poder**

Consolidada la corriente renovadora en el distrito capitalino, el justicialismo metropolitano se dedicó durante 1986 a profundizar la reorganización partidaria. El resultado de la elección legislativa de noviembre del año anterior había dejado un balance levemente positivo a esa agrupación. El peronismo había logrado incrementar su caudal de votos en apenas 1.6 puntos, pero este hecho se daba en el marco de una diversificación de las preferencias electorales de la ciudadanía porteña. De esta forma, el radicalismo conservaba la primera minoría, con el 42.9%, descendiendo casi 7 puntos respecto de la elección anterior; el peronismo obtenía 25.2%; mientras que el partido de centro derecha UCEDE avanzaba casi 1.5 puntos y lograba el 10.4% y la agrupación de izquierda Partido Intransigente aumentaba en 2 puntos y alcanzaba el 7.9%. En el marco de las circunscripciones, el peronismo retenía su bastión de Villa Lugano –en la zona sur de la ciudad- y la UCEDE le arrebató al radicalismo la primacía electoral en la tradicional parroquia del Socorro<sup>22</sup>.

En la medida en que las expectativas de transformación social que habían impregnado la acción política de la década anterior se fueron diluyendo, los dirigentes y militantes del peronismo reorientaron y subordinaron en gran medida sus prácticas políticas a la obtención, mediante la competencia electoral, de cargos electivos y puestos en el estado municipal y nacional. En rigor, la probable continuidad electoral proveía a los partidos políticos de esa clase de incentivos. En la ciudad de Buenos Aires no se elegía popularmente al intendente, pero cada dos años la ciudad enviaba 13 diputados a la Legislatura nacional y renovaba la mitad de los 60 asientos del Concejo Deliberante local.

Aunque miradas con desdén, las prácticas electorales pronto insumirían gran parte de las actividades del peronismo porteño y sus entretelones repetidamente colocarían al partido al borde de la fractura; como en diciembre de 1986 cuando, en ocasión de las primeras internas con elección directa para cargos electivos, la lista de concejales triunfante no lograría obtener más del 22% de votos. ¿Cómo conciliaban, entonces, los dirigentes peronistas porteños la gran política –a la que parecían estar más predispuestos- con los entresijos formales e informales que demandaban la sola existencia de su organización local, cuya supervivencia parecía estar pautada por la eficacia electoral?

---

<sup>22</sup> Burdman, *Los porteños en las urnas...*; y Cantón y Jorrot, *Elecciones en la ciudad...*

Un dirigente que en ese entonces revistaba en la fracción juvenil recordaba que “en los 70 nadie estaba afiliado a un partido político, no existía la práctica de afiliarse. (El partido) era una herramienta electoral: bendecía las candidaturas que Perón determinaba”<sup>23</sup>. Sin embargo,

*“En los ochenta, en cambio, la cuestión del partido, afiliarse al partido... En el caso del peronismo había quedado pendiente, justamente, la idea, este planteo de Perón de que hay que institucionalizar la batalla por la idea. Me acuerdo que se decía que había que llegar a un modelo de institucionalización, que en democracia caía naturalmente en el partido. Igual, los sectores que teníamos militancia en los setenta debatíamos qué modelo de partido queríamos; porque una cosa era una herramienta electoral, para la justicia electoral, y otra cosa es si vamos...en algunos que veníamos de antes se discute qué modelo de partido: ¿partido de cuadros, partido de masas? Esas eran típicas discusiones que había.*

*Pero rápidamente queda todo mentado hacia el modelo de partido, que históricamente, doctrinariamente, en el peronismo decíamos: demo-liberal-burgueses, partidos para sostener en democracia. A mi lo que más me choca cuando vuelvo a Argentina, a fines del 1982, después de la guerra de Malvinas, es que más allá de todo, empieza a hablarse en un lenguaje propio de democracia de partidos y con todos los requerimientos legales. Venías de dictadura, con todos los partidos proscritos y tenías que afiliarte, afiliarte, afiliarte, que las cuatro fichas que esto, que lo otro...Era algo para mi desconocido. Doblemente desconocido, en parte también desconocido por lo que te decía antes, por ahí para la gente del primer peronismo eso era conocido, pero toda esta generación de tipos que teníamos entre 20 y 40 años al recuperarse la democracia...Prácticamente no habíamos tenido vida adulta con la existencia de partidos”<sup>24</sup>*

Otro dirigente del peronismo de esa década parece confirmar las impresiones volcadas en las líneas anteriores, en relación con los incipientes y novedosos mecanismos que el nuevo ciclo aportaba:

*“En verdad, la mayoría de nosotros tenía absoluta falta de experiencia en lo que era la lucha partidaria, habíamos abierto unidades básicas, con mucho candor en algunos casos, o sea que, el control, por ejemplo, se lo dejábamos, de lo que era la afiliación, que no sabíamos el valor que tenían las fichas, a determinada persona. Estoy recordando ¿no? O sea un manejo bastante naïf, bastante inocente de los códigos partidarios. O sea quién tenía que afiliarte, quién tenía que ser el que tenía que tener el contrato de locación de las unidades básicas. En ese sentido “los 25”, y no sé, otra gente aliada a ellos, con mayor experiencia fueron “armándose” dentro del Partido Justicialista con más eficacia que nosotros”<sup>25</sup>.*

---

<sup>23</sup> Entrevista a Fernando Melillo, realizada por el autor.

<sup>24</sup> *Ibidem*.

<sup>25</sup> Entrevista a Alberto Iribarne, realizada por el autor.

Por otra parte,

*“Otra cosa que a uno le llama la atención, que para los radicales era más común pero para los peronistas no, eran los propietarios de fichas. Los tipos viejos sí, a principios de los ochenta, los tipos viejos que habían vivido, siendo jóvenes, el primer peronismo, que ya eran grandes a principios de los ochenta, que sí habían tenido experiencia de la herramienta electoral, sí. Una de las cosas que te llamaba era que las fichas parecían tener propietarios, el famoso puntero, que nunca le habíamos dado bola...En el peronismo eso no existía, en el peronismo que yo viví, el masivo, el militante, eso no existía. Ahí hay un choque cultural muy importante para los de mi generación, no para los viejos, ya habían conocido eso. Pero vos tenías que, en tal circunscripción, “está tal puntero, ese es el dueño de la ficha”, ¿Cómo el dueño de la ficha? La ficha es para afiliarse ¿Cómo es? Después rápidamente te avivas como es”<sup>26</sup>*

En el marco de las elecciones de internas que se sustanciaron a fines de 1986, las agrupaciones se reconvierten en maquinarias electorales al servicio de tal o cual candidatura. Con la instalación de la elección directa de candidatos a cargos electivos, consagrada el 3 de mayo de ese año en el congreso partidario celebrado en el Teatro Bambalinas, el derrotero siguiente del peronismo metropolitano pareció seguir las pautas de un manual de ciencias políticas. Este tipo de mecanismo eliminaba las instancias de mediación que habían largamente surcado las instancias previas a la unción de los candidatos y permitía una medición de primera mano de la fortaleza con que contaba tal o cual agrupación.

En un sentido también afín, Mustapic entiende que con la implementación de mecanismos de democracia interna, el poder de decisión en las organizaciones políticas comienza a fluir de abajo hacia arriba, motivando a que los dirigentes de menor nivel se conviertan en los sostenedores de quienes están en un nivel más alto; ya que, en ese marco, quien aspira a ocupar un cargo partidario o electivo debe lograr el apoyo de quienes son capaces de controlar la movilización de los afiliados<sup>27</sup>. Nuestros entrevistados corroboran, intuitivamente, esta dinámica:

*“P: ¿Cuáles son las lógicas de estas agrupaciones? ¿Colocar gente en las listas, manejar circunscripciones...? ¿A que aspiran?”*

*R: (A obtener) poder interno en el partido, para después hacerlo valer en la elección de candidatos. Tratar de hacerte fuerte por zonas, por ejemplo: tiene que haber concejales por el sur; entonces, “yo gano Lugano, Mataderos”. “Yo gano la 16, zona norte, yo tengo la sexta, séptima”. Las agrupaciones en ese momento, está fuerte lo de las fichas, quién tienen más afiliados, y todo un sistema...Las internas, son internas dónde vos vas a buscar al afiliado para*

---

<sup>26</sup> Entrevista a Fernando Melillo.

<sup>27</sup> Mustapic, “Del partido peronista...”

*que te vote. O sea, el famoso taxi, vas a buscar al afiliado para llevarlo a votar. Los radicales lo hacían durante años, pero para el PJ era novedoso.*

*P: El reparto de la lista de concejales tenía esa lógica ¿no? Que esté reflejada la división de la Capital, por zonas digamos.*

*R: Y, sí. Había una tendencia a que hubiera un reparto más o menos equilibrado de zonas. Tenía que haber un poco de la zona centro, un poco del sur y un poco del norte. Pero para llegar a esa mesa de discusión, vos tenías que tener agrupaciones fuertes, ¿vos tenías que ocuparte de que? Y de controlar barrios, tener locales, barrios, y ganar en las elecciones partidarias: las conducciones, la asamblea general de las circunscripciones.”<sup>28</sup>*

En el caso del peronismo porteño, la introducción de elecciones directas provocó un mayor fraccionamiento del poder y de los recursos partidarios. En este sentido, el presidente del partido, Carlos Grosso, hacía descansar su liderazgo en su idoneidad para presentarse como la única instancia posible de coordinación de estas sub unidades. Grosso, por sí mismo, no participaba o dirigía agrupación alguna; aunque algunas agrupaciones se referenciaban en su figura, como fue el caso de Victoria Peronista, agrupación que surge en el marco del proceso electoral de 1986 sobre los restos de lo que había sido la fracción bittelista del MUSO<sup>29</sup>.

Ese esquema parecía darle a Grosso un margen de maniobra considerable pero también limitaba su capacidad de influencia en el proceso político interno de su partido. Su liderazgo se constituía, además, en la extraordinaria proyección que su figura provocaba. Porque precisamente era el único dirigente del peronismo porteño que lograba cierta inserción en el electorado no peronista y se había logrado instalar como uno de los tres referentes nacionales del autodenominado sector renovador. Un militante de aquellos años trata de acercarse a una visión de lo que Grosso significaba para el peronismo porteño.

*“Yo recuerdo que en la 19, donde nosotros militábamos, después de la derrota del 83, que estábamos en el Club Libertadores de América<sup>30</sup>, como te contaba, viene un representante de las 62, que estaba de la 19, no me acuerdo ahora el nombre, un tipo grande, que venía a hablar porque claro... Había unos peronistas que estaban laburando ahí, que juntaban gente, nos querían “juntar en la bolsa” ¡Era muy cómico! Porque el personaje llega para hablar, dirigente de las 62, sentado, con pantalones “caqui” claros, zapatos blancos y pulsera de oro. ¡Y ese era el dirigente de las 62! Era impresentable el peronismo. Era lógico que la gente...Que el común denominador votara a la UCR...*

*La renovación que se empieza a gestar, de diferentes maneras y en cada una de las provincias, especialmente con los dirigentes jóvenes, en la Capital Federal reconoce a algunos grupos. Había*

---

<sup>28</sup> Entrevista a Fernando Melillo

<sup>29</sup> Entrevista a Alberto Iribarne.

<sup>30</sup> Agrupación que nucleaba a ex militantes de Guardia de Hierro.

*fuerzas territoriales que daban peleas en sus terruños, pero que no eran capaces de generar liderazgos para el conjunto. Por eso es importante lo de Grosso. Es una figura que rompe con todos los esquemas. Y además, rompe todos los esquemas para la clase media de la ciudad de Buenos Aires: es un dirigente culto, premiado por la UNESCO, es un dirigente que hablaba del peronismo, pero no hablaba como peronista. Que esto es lo interesante, él se daba el lujo de hablar como... Hablaba del peronismo como si fuese ajeno algunas veces, ¿no? Era una cosa muy particular.*

*Yo recuerdo una escena famosa... se hace un acto en Parque Norte. Ya la figura de Grosso estaba muy cuestionada por izquierda, su visión muy ligada al gerenciamiento renovador. O sea, ya estamos hablando de una etapa donde la renovación tradicional estaba en crisis ¿no? Y me acuerdo, que la JUP Capital va preparada al acto para chiflarlo, para hacerle la vida imposible. Y Carlos Grosso, que es un tipo muy capaz, se da cuenta de esto, y cuando comienza el discurso diciendo "Yo soy el hijo, de aquellos trabajadores que vinieron en tren del Chaco, y que se formó gracias al peronismo..." Hace un discurso... tan peronista, como yo nunca lo había escuchado de Carlos Grosso, que uno de los dirigentes de la JUP, me dice: "nos cagó". Ese día, Carlos Grosso se puso en el bolsillo a toda la crítica de la que era la izquierda en el peronismo, en ese momento. Eso da cuenta de lo que era capaz Carlos Grosso, para bien o para mal."<sup>31</sup>*

Grosso, como otros dirigentes políticos de esa época, entendía que una fuerte vinculación con el electorado podía ser un mecanismo posible para acumular poder dentro de la organización. Para esa época ya parecían instalados en la política argentina los códigos de lo que posteriormente se denominarían –con algo de candidez– la videopolítica. De acuerdo con estas nuevas pautas de mediación entre el partido y el electorado, tanto los recursos financieros como un discurso que sintonizara con las cuestiones del momento pasaban a desempeñar un papel de primer orden. Muchos de los protagonistas de este proceso identifican en el década de 1980 el comienzo de aquello que dieron en llamar como gerenciamiento de la política, cuyo inicio atribuyen a los integrantes de la Junta Coordinadora Nacional, una agrupación radical que para ese entonces contaba con los recursos que sus cargos en la administración municipal proveían. Grosso tomó como propia las prácticas de construcción política que combinaban “el palo verde en el bolsillo, condición indispensable para hacer política” con “los fuegos de artificio para la gente”<sup>32</sup>. Esos mecanismos encontraban, por cierto, sus límites rápidamente. Un militante de una agrupación opositora al grossismo recordaría, tiempo después que:

*“Grosso además fue un ferviente defensor –y quizás inventor– de la teoría de la frutilla, que en resumidas cuentas consistía en aceptar la presencia de militantes en las listas, pero con la*

---

<sup>31</sup> Entrevista a Jorge Etcharran, realizada por el autor.

<sup>32</sup> *Ibidem*.

*condición de que estas fueran encabezadas por alguna “figura” emblemática del peronismo sin pertenencia agrupacional ni construcción política propia. Grosso era más proclive a aceptar que sus listas fueran encabezadas por Raúl Matera, Jorge Domínguez o Carlos Ruckauf, que ciertamente no expresaban renovación alguna, antes que otros militantes quizás menos conocidos para los electores, pero con ideas y prácticas más cercanas al sentido común de la época”<sup>33</sup>.*

Siguiendo este orden de ideas, las elecciones internas desarrolladas el 21 de diciembre de 1986 expresaron la fractura de la coalición que un año y medio antes había ungido Grosso como jefe del peronismo porteño. En esta oportunidad, el referente renovador porteño había intentado armar una lista de unidad encabezada por Carlos Ruckauf y Raúl Mattered. El FUP, en señal de rechazo a ambos candidatos, defecionó del espacio grossista para armar una lista propia en alianza con el sindicalista Julio Guillán. Mattered, entre tanto, rechazó el ofrecimiento y también armó una lista. Grosso, que hasta entonces se estaba moviendo entre bambalinas, decidió hacer público su respaldo a Ruckauf.

La candidatura de Ruckauf había sido sugerida por los “25”, ya que un dirigente de ese sector –Roberto García- aspiraba a ocupar el segundo lugar en la lista de candidatos a diputados nacionales. La conformación del resto de los lugares de esa boleta provocó, a su vez, la fractura del Frente para la Victoria. Roberto Grabois, quien todavía se mantenía cercano Grosso, pretendía el tercer lugar en la lista de candidatos a diputados nacionales, en contra de la opinión de sus eventuales compañeros. Éstos, en cambio, promovían la candidatura de Alberto Iribarne –quien provenía de un sector de lo que había sido el MUSO-. Grosso zanjó finalmente el conflicto a favor de una tercera opción. El espacio del ex MUSO decidió, entonces, tomar distancia del armado grossista y conformó una nueva agrupación, *Victoria Peronista*, que sólo presentó lista de candidatos a concejales municipales: la denominada Lista V. Ésta triunfaría con sólo el 22% de los votos<sup>34</sup>.

Cinco listas de candidatos a diputados nacionales y 10 de candidatos a concejales municipales participaron de este acto electoral. La Lista “Azul y Blanca”, que candidateaba a Ruckauf, García, Inés Botella y Miguel Unamuno triunfó sobre la “Celeste”, que postulaba a Raúl Mattered, Jorge Domínguez, Juan José Zanola y Ricardo Fabris por 19546 votos contra 14980. Ésta última obtuvo el 25% de los cargos en disputa, mientras que la Lista “Blanca”, que postulaba a Guillán y a Marcos Rajer (del FUP), no logró cosecha alguna<sup>35</sup>.

---

<sup>33</sup> Fevre, Javier, “Una homalla prendida en la dieciocho”, en *Cuadernos Argentina reciente*, n° 2, junio 2006, p. 167.

<sup>34</sup> Entrevista a Alberto Iribarne.

<sup>35</sup> *Clarín*, 22 y 23 de diciembre de 1986.

El proceso eleccionario interno – que la prensa describió como precedido por una campaña que alcanzó picos de virulencia que provocaron la fractura de la vertiente renovadora<sup>36</sup> - puso de relieve la fragilidad del armado instrumentado por Grosso, ya que se decía que las listas que el Partido Justicialista para las elecciones de renovación de mandato legislativo de 1987 no representaban a una gran porción del peronismo porteño. En los meses previos a esta contienda, luego de una serie de frustrados intentos para recomponer el espacio renovador y expresarlo en una nueva lista de candidatos- un denominado “Bloque de Congresales por la Unidad y la Participación”, expresaba a través de una solicitada:

*“A LOS PERONISTAS DE CAPITAL FEDERAL: EL 22% NO ALCANZARA PARA VOLVER A CREER.*

*Cuando en las últimas elecciones nacionales lanzáramos la consigna “para volver a creer” todos salimos a buscar el consenso de la sociedad para nuestros candidatos y a través de ello, para todo el justicialismo. Hoy, un reducido círculo de ambiciosos pretende lograr ese consenso social CON UNA LISTA DE CONCEJALES QUE NO PUDO SUPERAR EL 22% DE REPRESENTATIVIDAD EN NUESTRO PROPIO PARTIDO.*

*Esto no sólo pone en riesgo el resultado electoral del 6 de setiembre próximo, sino que DEBILITA LA UNIDAD PARTIDARIA AL EXCLUIR A UNA FRANJA MAYORITARIA DE COMPAÑEROS que no se sienten representados por esos candidatos.*

*El fracaso de dos congresos sucesivos pone en evidencia esta crisis que DESPRESTIGIA AL JUSTICIALISMO Y LO DEBILITA EN VISPERAS DE LA CAMPAÑA ELECTORAL.”<sup>37</sup>*

En este sentido, uno de los dirigentes involucrados en este proceso manifestó que:

*“Después (de las elecciones internas) viene un largo proceso de debate interno porque el FUP, que había armado otra lista, empieza juntar a los congresales, a armar sus famosos “trencitos”, a juntar a todos los otros grupos para pedir un congreso, para hacer una nueva lista, o sea, volver al –digamos- modo indirecto. Planteando el tema jurídicamente como para impugnar lo que había sido el voto directo que había sido la conquista de la renovación... Hay varios congresos me acuerdo...*

*P: Es decir, todas las listas que se arman para esa elección se distancian de Grosso, digamos, tanto la de Victoria como la del FUP.*

*R: Claro, Grosso no hace listas, generalmente terminaba no haciendo listas.*

*P: Eso ya es un símbolo de...*

*R: De debilidad”.<sup>38</sup>*

---

<sup>36</sup> *Ibíd.*

<sup>37</sup> *PJN...*, Cuerpo 10, fs. 1992.

<sup>38</sup> *Entrevista a Alberto Iribarne.*

## La finalización de una etapa

Habitualmente, a los procesos políticos se les adjudica, en forma arbitraria, una fecha de inicio; fecha que contiene un acontecimiento fundacional, que luego fraguará en un relato que le de sentido a las experiencias que se vayan sucediendo. A toda historia también se le suele imputar un acontecimiento que oficie de cierre, al menos provisorio. Cuando Grosso fue, en octubre de 1992, removido de su cargo de intendente de Buenos Aires (circunstancia que significó, además, su alejamiento de la actividad pública) una etapa parecía haberse cerrado. Para esa fecha, había transcurrido casi una década desde el inicio de la transición democrática; fenómeno que había impactado en forma contundente en el peronismo en general, y en el porteño en particular. Obligados a ponerle un punto de finalización a este relato, optamos por destacar la consagración/defenestración de Carlos Grosso; entendiendo que en su figura se interceptan una multiplicidad de fenómenos políticos, propios de una época y de un lugar específicos. Creemos que le otorga, al menos, algo de sentido a esta historia.

En efecto, en el acto eleccionario del 14 de mayo de 1989 –que significaría la vuelta del peronismo al gobierno nacional-, el justicialismo porteño obtuvo 9 puntos más que en 1983; cifra que no lograría repetir en las siguientes compulsas electorales. La lista de candidatos a diputados nacionales obtuvo el 31,5 %, superando en tres puntos a la lista radical, y en casi 10 a la de la UCEDE. El justicialismo pudo colocar, de esta forma, al quinto candidato de su lista; hazaña que en las elecciones anteriores nunca había sido alcanzado. Por otra parte, una alianza en el Colegio Electoral entre el justicialismo y la UCEDE le arrebató a los radicales la banca de senador nacional que esa elección había puesto en juego; quedando la misma en manos de Eduardo Vaca.

Recordemos, al mismo tiempo, que cuando el radicalismo abandonó en forma anticipada el gobierno nacional, en julio de 1989, la tasa de inflación mensual alcanzaba el 196,6%; la cotización en el mercado libre de la moneda norteamericana se había incrementado desde principios de ese año casi un 3000%; y las reservas internacionales alcanzaban a apenas 112,4 millones de dólares<sup>39</sup>. Frente a este conflictivo escenario, el nuevo gobierno (en manos ahora del peronismo) aplicó un severo plan de ajuste económico, de carácter inédito, que replanteaba las alianzas internas e internacionales que el justicialismo históricamente había promovido<sup>40</sup>. Las características de este programa habrían de repercutir necesariamente sobre la organización

---

<sup>39</sup> Lozano, Claudio y Feletti, Roberto, “La economía del menemismo. Cambio estructural, crisis recurrentes y destino incierto”, en AA. VV., *El Menemato*, Buenos Aires, Letra Buena, 1991.

<sup>40</sup> Para las características de las políticas económicas del menemismo, nos remitimos a: Gerchunoff, Pablo y Juan Carlos Torre. “La Política de Liberalización Económica en la Administración Menem”, en *Desarrollo Económico*, vol. 36, núm. 143 (Octubre-Diciembre, 1996): 733-768.

partidaria. En apenas dos años, tanto el Partido Justicialista como las organizaciones sindicales pasaron a ocupar un lugar secundario dentro del nuevo esquema de poder<sup>41</sup>.

En el peronismo porteño, por su parte, el reparto de espacios de poder dentro del municipio conquistado habría de enfrentar a los principales actores de la coalición grossista. Eduardo Valdez, de Victoria Peronista, y Marcos Rajer, del FUP, fueron los principales referentes del nuevo gabinete de gobierno municipal; el primero como Secretario General, y el segundo como Secretario de Gobierno. No obstante, Grosso pretendió tomar distancia de la influencia que ambas agrupaciones podían ejercer, creando la Secretaria de Calidad de Vida, a cuya cabeza colocó al médico Alberto Cormillot. La particularidad de esta instancia institucional radicaba en que progresivamente fue capturando funciones anteriormente exclusivas de las secretarías mencionadas en primer término<sup>42</sup>.

En el ámbito legislativo de la ciudad, el Concejo Deliberante, la ausencia de un acuerdo intrapartidario sobre que dirigente del justicialismo ocuparía la presidencia de ese cuerpo, originó que el 10 de diciembre de 1989 se desatase una batalla campal en las inmediaciones del edificio parlamentario, protagonizada por el entonces electo concejal Juan Carlos Suardi, quien reclamaba para sí este puesto<sup>43</sup>. Un mes después, dos de los cinco diputados nacionales justicialistas electos por la Capital Federal, Carlos Alvarez y Germán Abdala (filiados en el Movimiento Renovador Peronista), suscribieron junto a otros seis legisladores de esa fuerza política una declaración de repudio a la alianza conformada entre el peronismo y el liberalismo<sup>44</sup>. En mayo del año siguiente, estos mismos legisladores convocaron a un encuentro de la militancia peronista en la localidad de Villa María, en la provincia de Córdoba, donde se manifestaron abiertamente contra la gestión de Carlos Menem, a la vez que alentaban a recuperar el “peronismo verdadero”<sup>45</sup>.

A esta altura, Carlos Grosso probablemente pensara todavía que la introducción del voto popular para elegir al intendente de la ciudad de Buenos Aires podría proyectar su figura en términos nacionales y revertir, de este modo, un escenario que progresivamente se le tornaba negativo<sup>46</sup>. En este sentido, la gestión que iba cumpliendo por mandato del gobierno nacional fue constantemente sospechada de promover actos de corrupción administrativa. Finalmente, el 26 de octubre de 1992, luego de una angustiosa interpelación a la que fue sometido en el

---

<sup>41</sup> Cf. Levitsky, Steve, *Las transformaciones del justicialismo*....

<sup>42</sup> Entrevista a Carlos Montero.

<sup>43</sup> Finalmente, el dirigente de Victoria Peronista Jorge Arguello fue consagrado como presidente del Concejo Deliberante. Cf. *Clarín*, 11 de diciembre de 1989.

<sup>44</sup> *Clarín*, 19 de enero de 1990

<sup>45</sup> *Clarín*, 3 de mayo de 1990.

<sup>46</sup> Grosso había manifestado, en reiteradas oportunidades, que respetaría una posible decisión de Carlos Menem de presentarse nuevamente como candidato a presidente; hecho que, en ese entonces, debía sortear la barrera de una reforma constitucional. Sin embargo, admitió que en caso de que esto no sucediese, él se “probaría el traje de candidato”. Entrevista a Fernando Melillo.

Concejo Deliberante, presentó la renuncia a este cargo; hecho que sellaría el fin de su carrera política<sup>47</sup>.

Las cronistas periodísticas parecían advertir el clima de fin de época que en ese entonces se acercaba. Así, éstas aseguraban que *“la sorpresiva renuncia de Carlos Grosso y las versiones sobre el futuro gabinete de su sucesor... provocaron un virtual terremoto en “el sistema”, nombre con el que se conoce a la mesa de agrupaciones del peronismo porteño que dominó – hasta ayer- la distribución de poder en el municipio”*<sup>48</sup>. En este sentido, *“reuniones múltiples y cruzadas se sucedían... con dirigentes que oscilaban entre dar por muerta la alianza grossista... o amagar con pinturas de guerra para enfrentar lo que consideran “una cabecera de playa del menemismo”, en un distrito hegemonizado por los ex renovadores”*<sup>49</sup>.

De tal suerte que para algunos, continuaba la crónica, *“(Saúl) Bouer (el nuevo intendente) representa (ba) un técnico que no se va a meter en la política interna del distrito”. Para otros representa lo contrario: el desplazamiento de la estructura grossista y el intento de afirmar desde la jefatura comunal el desembarco del menemismo puro en la Capital (Federal). Un distrito donde el Presidente (argentino, Carlos Menem) nunca pudo hacer pie sin negociar con “el sistema”*<sup>50</sup>.

En rigor, el nuevo jefe comunal Saul Bouer provenía del riñón del gobierno nacional y con el patrocinio de éste diagramó su gabinete de gobierno. En contraposición con la gestión previa, que usualmente distribuía los cargos ejecutivos en relación con las fracciones internas del peronismo metropolitano, Bouer designó en las distintas secretarías a personas directamente vinculadas con algún funcionario del gobierno nacional. La remoción de Grosso conmovió, pues, el esquema de poder que en el peronismo porteño pacientemente se fue tejiendo a lo largo de una década.

## **Consideraciones finales**

Los aspectos más sustanciales del proceso de reorganización partidaria del peronismo pueden ser capturados a través de un recorrido por el derrotero del Justicialismo Metropolitano; instancia a la que la bibliografía más relevante sobre este fenómeno le suele deparar un papel más intelectual que político, desprendiéndose de los relatos una versión romántica de la así denominada *renovación peronista*. Un estudio sustancialmente distinto de esta fuerza política

---

<sup>47</sup> Algunos de nuestros entrevistados sugieren que existió una maniobra instrumentada desde el gobierno de Menem para desplazar Grosso.

<sup>48</sup> *Página 12*, 27 de octubre de 1992.

<sup>49</sup> *Ibidem*.

<sup>50</sup> *Ibidem*.

nos llevó a relevar, en primera instancia, las características institucionales de la ciudad de Buenos Aires. La dependencia política que ésta tenía respecto del gobierno nacional (que se expresaba en el hecho de que el gobierno nacional poseía la jefatura política del distrito, siendo el intendente un mero delegado de éste) diluía la frontera entre lo local y lo extralocal; exhibiendo este último plano una fuerte incidencia en el primero.

No obstante, la derrota nacional del peronismo en las elecciones generales de 1983 introdujo en su sección metropolitana un inesperado espacio de autonomía. Factor que sería aprovechado por una emergente generación de dirigentes y que se plasmaría en la emergencia de un nuevo grupo de poder. La aparición de un incipiente grupo dirigente se asoció con una sustancial modificación de las prácticas políticas y de construcción y acumulación de poder dentro de este espacio. En este sentido, la continuidad electoral reorientó una parte importante de los esfuerzos de los integrantes del peronismo metropolitano hacia las acciones centradas en la lógica electoral. A su vez, este tipo de prácticas colocaron al partido en un estado de fuerte fragmentación y con ciertas amenazas de ruptura. Por otra parte, Grosso, jefe político del peronismo porteño luego de la renovación de autoridades de mediados de 1985, hizo descansar su liderazgo en su idoneidad para presentarse a sí mismo como la única instancia posible que permitiese coordinar las distintas fracciones en que la fuerza que conducía se dividía. Esta circunstancia significó que la conducción de Grosso fuese demasiado voluble y ajustada a las contingencias internas y extralocales.

Si bien el peronismo metropolitano colaboró en forma sustancial en la recuperación por parte del justicialismo del favor del electorado, los beneficios de este nuevo escenario no pudieron ser suficientemente capitalizados por esta fuerza política. Por el contrario, la nueva condición mayoritaria del peronismo –que se plasmó en su triunfo en las elecciones presidenciales de 1989- subordinó nuevamente al justicialismo porteño a los designios de instancias supralocales.